

EL PASEO DE TACÓN O DE CARLOS III

Sept 1939

QUEREMOS ofrecer hoy un trabajo documentado sobre el Paseo de Tacón o de Carlos III que, como parte importante de nuestra ciudad, ha sufrido una lógica evolución, aunque justo es confesarlo, no para mejorar y afirmar sus posibles aciertos artísticos, sino para facilitar a costa de ellos, sin duda, el tránsito urbano, más creciente de día a día.

Otra razón nos ha llevado a concebir y planear este extenso artículo de sabor histórico, y es, la actualidad que tiene en estos momentos el Paseo de Tacón o de Carlos III, merced a los distintos concursos y proyectos de Plaza Cívica y Monumento a Martí, que serán una realidad bien pronto.

Nos interesa mucho señalar que hemos prescindido deliberadamente de datos y referencias dudosos, apoyándonos en cada caso, cuando nos ha sido posible, en el documento gráfico, mucho más rico en posibilidades y exactitudes que las distintas descripciones literarias de nuestros escritores del pasado siglo.

Al Mariscal de Campo Don Mariano Carrillo de Albornoz, cuyo nombre encontramos unido siempre a todas las obras de embellecimiento de nuestra capital, le fué confiada por el Gobierno de la colonia el estudio de un plan de paseos que, enlazados por el Oeste, debían mejorar la capital. La primera sección de N. a S., que estudió fué la Alameda de Isabel II que tanto hubo de embellecer la Habana. Planeó y construyó también las calzadas de la Infanta y de la Reina, a la que dió su actual forma, la de Belascoaín y el Paseo Militar o del Príncipe, denominado desde entonces "Alameda del General Tacón" como homenaje justo al entonces Capitán General Don Miguel Tacón, quien facilitó los primeros recursos para llevar a término estas admirables obras de embellecimiento.

El Duque de Tetuán y el Conde de Alçoy, que sucedieron al General Tacón en el Gobierno de la Isla, continuaron las obras iniciadas por este último, las que se terminaron, bajo la dirección siempre del propio ingeniero Carrillo de Albornoz, a fines del año 1850.

En el año 1829 existía ya el camino que de esta ciudad conducía al Castillo del Príncipe, aunque en tan deplorables condiciones, que en la época de las lluvias era casi imposible transitarlo. Este camino se

iniciaba en la intersección de la Calzada de San Luis Gonzaga con la de Belascoaín, atravesaba los sitios llamados de Peñalver y seguía en línea recta hasta la Fortaleza del Príncipe. Tenía en total una extensión de mil doscientos diez metros y un ancho de cincuenta y uno. Esta ruta acortaba grandemente la distancia hasta la Fortaleza, y evitaba el rodeo que era necesario dar por el camino de San Lázaro y las canteras.

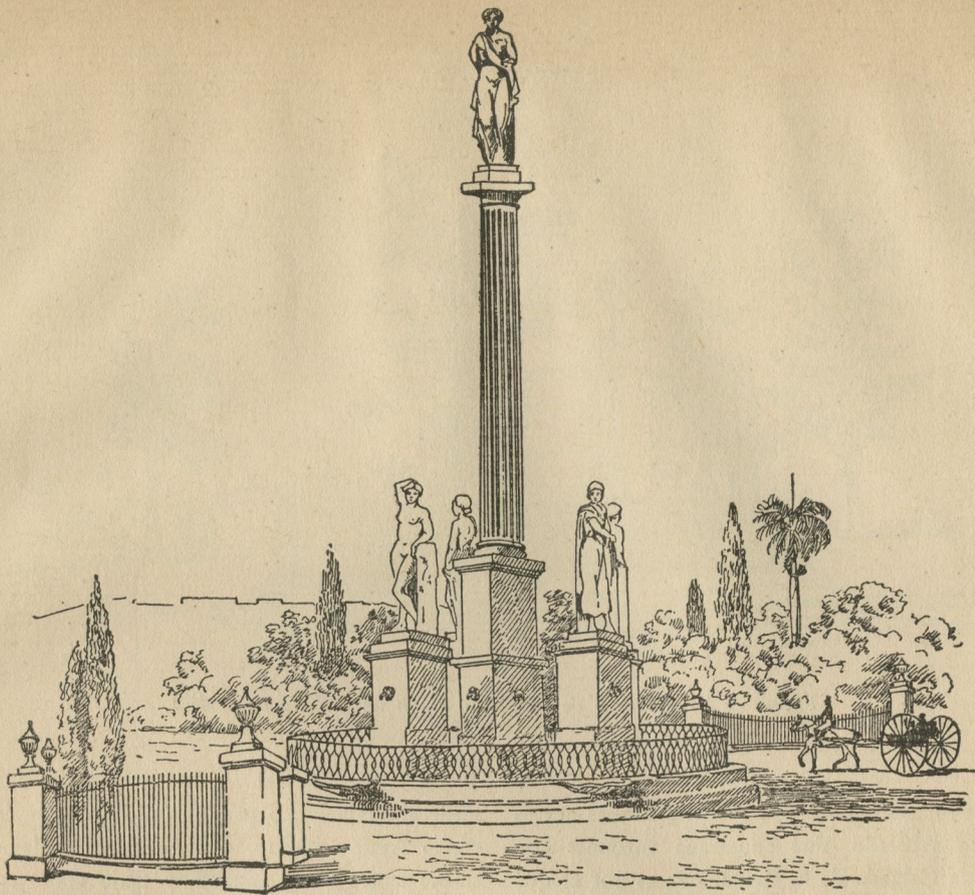
Todo esto decidió al General Tacón a llevar a la práctica la idea que le animaba de construir en aquel lugar, además de una vía de pavimento firme, un sitio de recreo y solaz para los habitantes de la capital, que en aquella fecha ya se elevaba a más de ciento sesenta mil personas.

Así lo expresa el propio General Tacón en el informe que redactara al entregar el mando de la Isla, en 1838, al General Ezpeleta, consignado los motivos que le llevaron a emprender esta obra.

"Carecía la capital—dice el General Tacón en su informe—de un paseo de campo, donde se pudiera respirar el aire puro y libre, y me resolví emprenderle desde el campo que llaman de Peñalver, hasta la falda de la colina donde se halla el Castillo del Príncipe."

"Este sitio, en ese entonces, aunque pantanoso y anegadizo, resultaba el más a propósito para una obra de esta especie en los alrededores de la ciudad y en la parte en que no es circundada por el mar. Había también otro motivo que concurría a convertir la obra doblemente útil, cual era la fácil comunicación de esta plaza con el Castillo del Príncipe, interrumpida en aquella parte durante la estación de las lluvias. Quedó realizado el Paseo con arboledas, jardines, fuentes, cascadas y estanques, que, sirviéndoles de adorno, hacen la atmósfera fresca y agradable y satisfacen a la concurrencia, que es siempre numerosa, particularmente en los días festivos."

Como para construir este Paseo era preciso modificar los niveles de la Calzada de San Luis Gonzaga que luego se llamó de la Reina, en aquel entonces llena de desigualdades y barrancos, que no podían hacerse desaparecer sin destruir o dejar enterradas las casas de los puntos más bajos, fué absolutamente indispensable elevar en el centro una calle de cua-



La Fuente de la Ceres o de la Columna en la Alameda del General Tacón, según un grabado en madera del año 1849

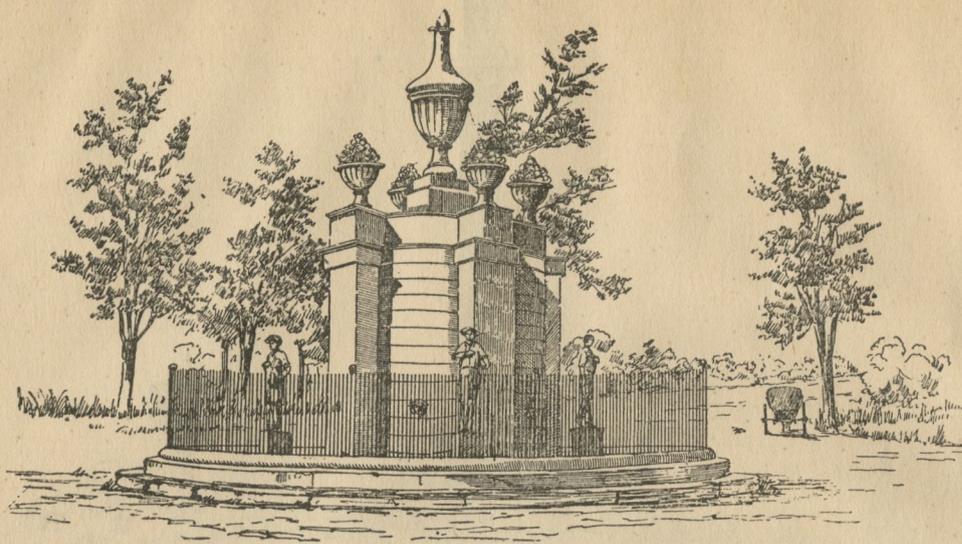
renta varas de ancho con muros de sillería, resguardada con verjas de hierro y canapés de piedra, conciliando el ornato de la obra y la comodidad de los carruajes, y dejando a los costados dos calles laterales de diez varas de ancho para el tránsito de carretas y carretones de la misma anchura que casi todas las de la ciudad.

“De mucho tiempo atrás, dice en un interesante trabajo sobre este Paseo el famoso costumbrista Cirilo Villaverde, en el punto en que la Zanja de Antonelli abandona la falda del Castillo del Príncipe y tuerce hacia la ciudad, existían las fábricas conocidas por los Molinos del Rey y dos vías de comunicación con ellos y el Castillo; la una por la orilla derecha de dicha Zanja, y la otra por la misma línea cuasi que ahora recorre el Paseo Militar, pero ambas interrumpidas a veces por causa de las lluvias y lo bajo del terreno. Las tropas que bajaban o subían al Príncipe llevaban esta ruta, pero en época de las lluvias utilizaban otro camino por la orilla del mar, dejando a la izquierda a San Lázaro y pasando por entre la quebrada de la Loma de Aróstegui a buscar las espaldas del Castillo, ruta ésta, que aunque más larga, era menos pantanosa.”

“Todos estos inconvenientes quedaron allanados con la obra del Paseo o Camino Militar. El terreno en que se construyó, conforme hemos dicho, era bajo, anegadizo en demasía, de aquí los costos y el trabajo, que sólo pudiera haber superado la constancia y decisión de un hombre emprendedor en su más alto punto como lo fué el General Tacón.”

La Calzada de la Reina tuvo principalmente el nombre de *San Antonio* por el ingenio de San Antonio Chiquito del regidor Blas Pedroso que estaba situado muy cerca de la misma. Después tomó el nombre de *San Luis Gonzaga*, por la ermita de esa advocación erigida en la esquina de la Calzada de la Beneficencia (Belascoáin), en donde decían misa y era un alivio para el vecindario por la gran distancia en que se hallaba la parroquia. La ermita fué demolida en el año 1837 conjuntamente con otras casas para dar mayor amplitud y belleza a este Paseo de Tacón.

En el año 1735, según afirma La Torre, se dió a esta calle recta alineación, construyéndosele aceras a costa de los Padres Jesuitas que tenían estancias en San Antonio Chiquito. El Malecón fabricado como hemos visto en tiempos del General Tacón, se des-



Fuente de los Sátiros o de las Flores, según un grabado en madera del año 1850

truyó en 1844, dotándose a la calle de anchas aceras y de bonito arbolado. Fué bautizada entonces con el nombre de Calzada de la Reina, que es por el que principalmente se le conoce en la actualidad, pues cuantos me leen, de seguro no ignoran que a esta calle se le dió últimamente el nombre de Avenida de Simón Bolívar, como homenaje al gran libertador.

El terreno donde fué emplazado este Paseo era la estancia llamada de Peñalver, cuyo costo no excedía entonces de unos doscientos cincuenta pesos, y además, el placer conocido por Carmona, pero la sucesión de la Condesa de Jibacoa, propietaria de la estancia, la hizo figurar con fines lucrativos como dividida en *solares*, con un valor cada uno de mil pesos, por lo que el costo de los terrenos se elevó nada menos que a la cantidad de veintidós mil quinientos pesos, toda vez que fueron veintidós y medio solares los necesarios para el emplazamiento del Paseo.

En el Juicio de Residencia del General Tacón, la sucesión expresada compareció en él, haciendo la reclamación consiguiente, aunque sin obtener éxito en su empeño.

No fué ésta la única demanda que se formuló contra el General Tacón, pues el Ayuntamiento de la Habana, queriéndole sacar lascas al asunto también le reclamó igualmente una indemnización por el valor de la "Fuente de los Leones" y la responsabilidad consiguiente por el perjuicio sufrido al cons-

truir el Malecón, o perjudicialísimo terraplén, según dicho Ayuntamiento, que afeó una de las más hermosas calles de la Ciudad, y trajo como consecuencia el socavarse los cimientos de muchas casas que quedaron sepultadas bajo los muros, por el afán de hacer una calzada a perfecto nivel, con sólo el objeto de transitar por ella y dirigirse al jardín que había formado a la falda del Castillo del Príncipe, constituyendo esto un exceso de facultades, toda vez que no consultó antes de la ejecución de la obra, la voluntad del Ayuntamiento.

El defensor del general Tacón demostró en un magnífico informe lo infundado de estos cargos y lo mucho que había ganado aquella parte de la Ciudad con este Paseo, por lo que también fué desestimada esta reclamación.

Cierto es que el rebajo que fué preciso hacer de aquella eminencia alteró algo los rasantes de los pavimentos y ésta fué la segunda vez que se verificó, pues en el año 1823 el Regidor Constitucional Gutiérrez, encargado del arreglo de algunas calles de extramuros, se vió obligado a desmontar un poco la calle.

En esta obra de Tacón quedó demostrado que ninguna de las casas sufrió deterioro de consideración, ni ningún propietario dejó de ser auxiliado por el Gobierno, técnica y económicamente, para el recalzo de las cimentaciones que sufrieron con las obras. Por el contrario, los propietarios confesaron sinceramente que las obras les había favorecido grandemente al

punto que a los que tenían casas en las dos primeras cuadras entre la Plaza de Tacón y la calle lateral se le sofrecía ya en 1839 el cincuenta por ciento sobre su valor en 1831.

Como reafirmación a lo escrito anteriormente transcribiremos las palabras pronunciadas por el defensor del general Tacón, licenciado José Antonio Olañeta, al tratar de la reclamación formulada por el Ayuntamiento:

Todos los proyectos de nivelación total y parcial —dijo en su informe el licenciado Olañeta— se estrellaban en las desigualdades del terreno y en la viciosa construcción de las casas, inconvenientes que desde su principio pudo haber evitado el Ayuntamiento en obsequio de esa misma comodidad y ornato que ahora reclama. En tal estado de cosas no quedaba otro remedio que una calle elevada en el centro que salvase la cañada a manera de puente, dejando otras colaterales de suficiente capacidad en el antiguo piso de la Calzada. Se adoptó este proyecto consultado por facultativos y se dispuso su construcción en la forma elegante que existe.

Hallábase embellecido este Paseo con cinco glorietas o rotondas, trazadas a distancias distintas y rodeadas de enverjados y de asientos circulares, siendo de sillería las dos primeras y las demás de banquetas de piedra, adornadas unas y otras con pinos de Nueva Holanda.

Se iniciaba el Paseo al final de la Calzada de la

Reina en su cruce con la de Belascoaín. Esta primera rotonda era la más decorada por ser el comienzo del Paseo. Ostentaba dos pilares de piedra a cada lado, sosteniendo dos leones tallados en mármol que miraban al Oriente. En cada uno de estos pilares podían leerse unas lápidas de mármol con las siguientes inscripciones:

En la de la derecha:

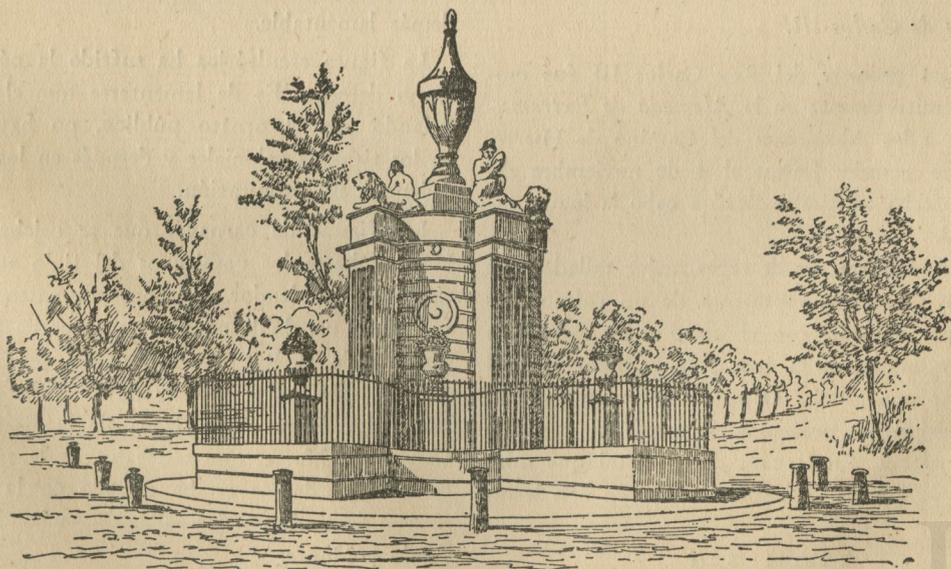
ESTA OBRA LA PRINCIPIÓ
EL EXCMO. SR. CAPITÁN GENERAL
DON MIGUEL TACÓN
EN EL AÑO 1835
CONTINUÁNDOLA HASTA 1838
QUE CESÓ EN EL MANDO

Y en la de la izquierda:

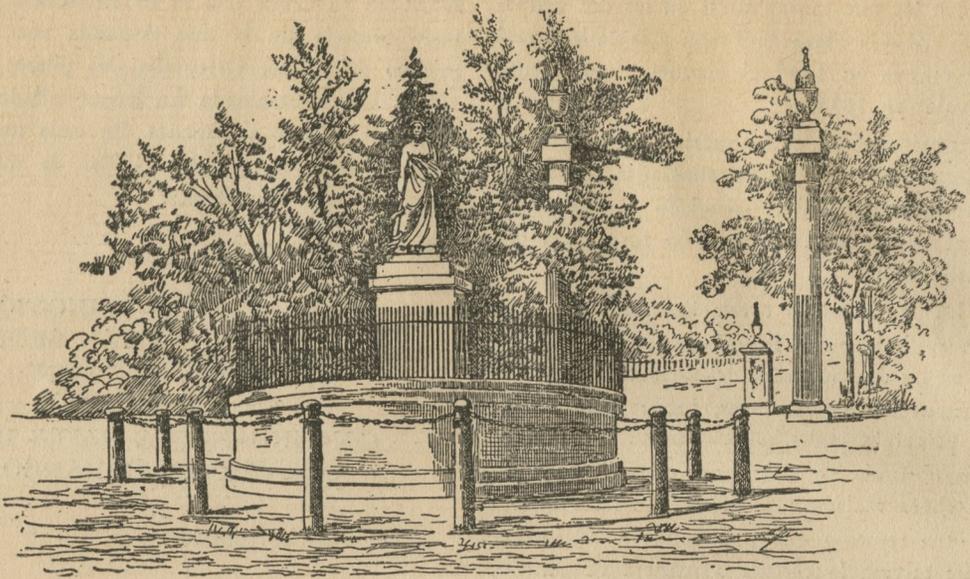
SE CONCLUYÓ POR SU SUCESOR
EL EXCMO. SR. D. JOAQUÍN DE EZPELETA
EN 1839

Existían también, y se conservan en la actualidad, dos columnas dóricas de piedra, estriadas desde la base hasta dos terceras partes de la misma, rematándola un capitel sencillo, y sobre él un jarrón bastante bien proporcionado.

Dos columnas exactamente iguales a éstas fueron colocadas al final del Paseo, cerca de donde existió



Fuente de los Aldeanos o de las Frutas, grabado en madera del año 1850



Fuente de Esculapio que estaba al final del Paseo de la Alameda o del General Tacón, según una xilografía del año 1840

la Estatua de Esculapio, pero desaparecieron desde hace algunos años, retiradas por las necesidades mayores cada vez, del tránsito urbano.

Como a ciento cincuenta metros de esta estatua se colocó la columna o fuente de la Ceres, siguiéndole en el orden en que van expresadas la Fuente de los Aldeanos o de las Frutas; la Fuente de los Sátiros o de las Flores y la Fuente de Esculapio, de las que daremos seguidamente una breve descripción.

La Estatua de Carlos III.

La estatua pedestre del Rey Carlos III fué emplazada primitivamente en la *Alameda de Extramuros*, frente a los Almacenes del Camino de Hierro, celebrándose grandes fiestas el 4 de noviembre del año 1803, fecha en que se llevó a cabo la inauguración oficial.

Es una de las estatuas de reyes mejor talladas que tenemos en Cuba. Lo representa de un palmo más alto que del natural, con el cetro y el manto, la coleta y los bucles de la época, en la noble actitud de dispensar una gracia. Descansa sobre un pedestal cuadrado de piedra ordinaria de unos dos y medio metros de altura. En la cara del pedestal que mira al Oriente se veía la siguiente inscripción con letras doradas:

A CARLOS III
EL PUEBLO DE LA HABANA
AÑO DE MDCCCIII

Esta inscripción, que primitivamente era de letras doradas, fué sustituida por otra en relieve y de color oscuro, que es la que se ve hoy en el pedestal.

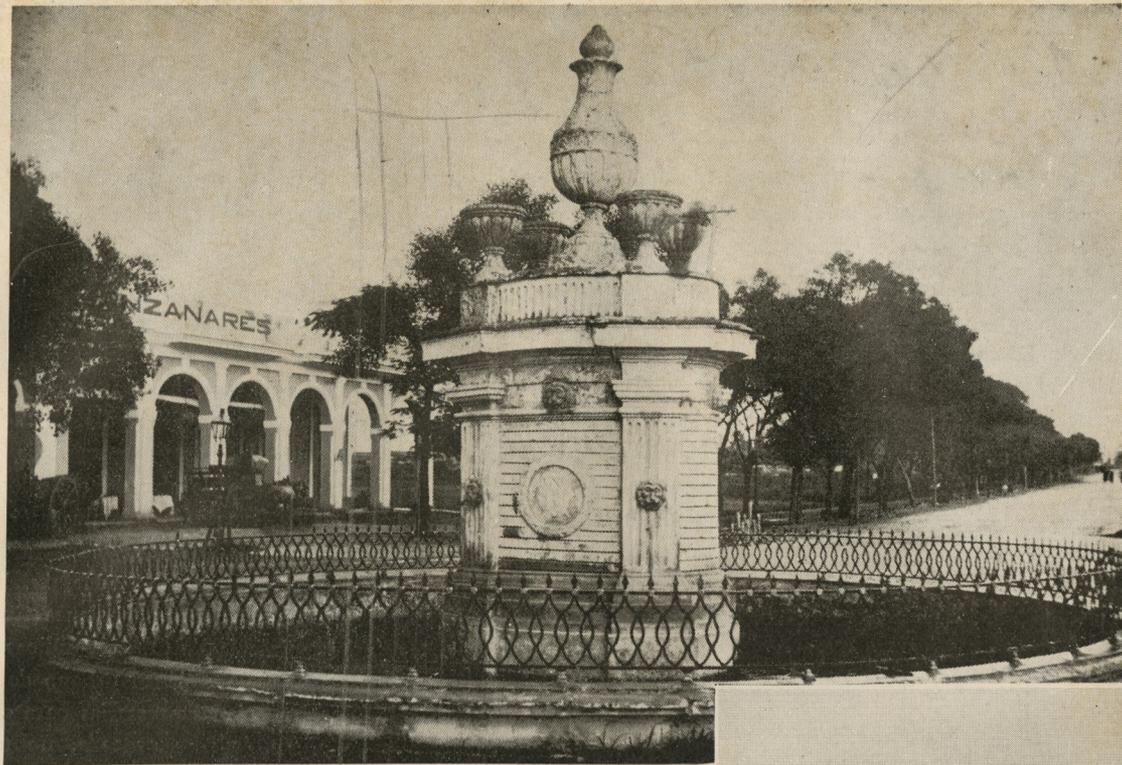
Primitivamente esta estatua tuvo una verja de hierro para defenderla, hasta pasados algunos años, en que fué sustituida por un sencillo pasamanos de bronce que sostenían cuatro pilares.

En la actualidad todo ha desaparecido y el estado de suciedad y deterioro que ofrece la estatua es por demás lamentable.

La figura escultórica ha sufrido la pérdida de la mano derecha. Es de lamentarse que el Municipio, velando por el ornato público, no haya—primero en los tiempos coloniales y después en los actuales—ordenado su restauración.

Las fiestas de carnaval que se celebraban en la Habana hasta los comienzos del siglo actual revestían gran esplendor. Entonces el paseo de coches, formando un doble cordón, se extendía por toda la Calzada de la Reina, continuando por la Avenida de Carlos III hasta la Calzada de la Infanta, regresando por la propia Calzada de la Reina hasta el Campo de Marte, que todos los de la pasada generación recordamos estaba situado en la parcela de terreno formada por las calles de Amistad, Dragones, Prado y Monte.

La verja que limitaba este Campo Militar al ser retirada de su lugar a fin de reformar el entonces



Fuente de los Aldeanos o de las Frutas, después de las modificaciones. Fotografía del año 1902

La Fuente da la Ceres o de la Columna después de modificada. Fotografía del año 1898



Estado actual de la estatua y del Paseo de Carlos III, que permite apreciar el estado de deterioro en que se encuentra



Campo de Marte, se dispuso que fuera colocada en la Quinta de los Molinos, antigua residencia de los Capitanes Generales, donde puede verse actualmente.

Esta estatua fué obra del escultor español don Cosme Velázquez, miembro de la Real Academia de San Fernando y Director de la de Cádiz, aunque el historiador Valdés en su "Historia de la Isla de Cuba y en especial de la Habana", y el también historiador don José María de la Torre, en su conocido libro "Lo que fuimos y lo que somos", afirman, erróneamente, que fué el escultor italiano Canova quien la ejecutó.

Esta inexactitud ha quedado plenamente aclarada con el suelto que apareció publicado en el "Papel Periódico de la Habana" en la edición del jueves 10. de abril del año 1802, que dice así:

"D. Cosme Velásquez, Académico de mérito de la Real de San Fernando y Director de la de Cádiz, tiene en su poder varias piezas de escultura, adornos de sala, como son mesas de piedra, rinconeras con sus correspondientes adornos, primorosamente doradas y otras piezas de varios usos, y desea saber si en la Habana se necesita alguna de dichas piezas, pues con el aviso correspondiente irán cuando vaya la célebre estatua de mármol que acaba de hacer para dicha ciudad, que representa al señor D. Carlos III, primorosamente labrada y también podrá enviar dicho autor una Purísima Concepción de más

de cinco cuartas de alto, adornada con una nube y varios niños, un crucifijo de dos tercias de alto, etc."

Como dato interesante debemos agregar que el Ayuntamiento de Madrid, en junta celebrada el 18 de agosto del año 1901, tomó el acuerdo de que se entablaran gestiones amistosas con el de la Habana al objeto de obtener la cesión de la estatua de Carlos III para colocarla en la Puerta de Alcalá, de dicha Ciudad. Afortunadamente la estatua permanece en su sitio, aunque en un estado de abandono deplorable, como lo justifica la fotografía que ilustra este trabajo. Debemos consignar aquí con verdadera satisfacción que el arquitecto José G. du-Defaix, Ingeniero Jefe del Negociado de Construcciones Civiles y Militares de la Secretaría de Obras Públicas, a quien tanto preocupa el mejoramiento urbano de la Capital, ha dado las orientaciones necesarias para que el personal técnico a sus órdenes proceda, no tan sólo a la restauración de las estatuas y fuentes del citado Paseo, sino también a estudiar un proyecto de embellecimiento de aquel Paseo, que constituyó durante una época el sitio de reunión de las más distinguidas familias habaneras.

Quiere el arquitecto du-Defaix cooperar de ese modo al embellecimiento de aquella zona capitalina, que al quedar terminado el monumento a nuestro Martí, alcanzará a no dudarlo una gran importancia por la serie de construcciones monumentales



Un aspecto parcial del Paseo de Carlos III en el año 1840, en que, además de la estatua del monarca español, se ve el obelisco que allí existía



El Paseo de Tacón al quedar terminado en el año 1839

que contiene el estudio hecho bajo su inmediata y acertada dirección por los técnicos del Departamento.

Fuente de la Ceres o de la Columna.

A cincuenta metros aproximadamente de la estatua de Carlos III, fué colocada una fuente que se le conocía por la de la *Columna o de la Ceres*, porque constaba de una columna de orden compuesto estriada en toda su longitud, rematándola una figura de mármol de tamaño natural que representaba a la Diosa Ceres. Completaban esta fuente cuatro pilares de dos metros de altura, colocados en cada uno de los ángulos del pedestal del centro, sosteniendo cada uno de ellos una figura alegórica de mármol que querían expresar las *cuatro estaciones*. Estas figuras se supone fueran las mismas que decoraron la fuente que existió en el patio de los cuarteles del Presidio al terminarse la construcción del edificio.

La taza era de piedra y de forma elíptica y tenía quince metros en su diámetro mayor, seis metros en el menor y uno de profundidad, rodeándola una verja de hierro.

En los cinco pedestales de que constaba la fuente, existían en una de sus caras unas cabezas de leones fundidas en bronce, que permitían la salida de un

chorro de agua que vertía sobre dicha taza. El pilar central las tenía en sus cuatro caras.

En la cara posterior del pilar antes citado existe, y puede leerse todavía, una inscripción que dice: Paseo de Tacón. Año 1836.

Esta fuente, que nunca agradó por su desproporción, fué objeto de algunas modificaciones al suprimírsele la columna que resultaba demasiado larga, como podrá apreciar el lector en la lámina que ilustra el presente trabajo.

En la reforma realizada se le construyó un basamento de mayor volumen, rematándolo un capitel bien proporcionado y sobre éste dos dados, igualmente cuadrados, para recibir la estatua de Ceres, suprimiéndosele entonces las rejas y pilares que limitaban la rotonda del Paseo.

En ese estado permaneció la Fuente hasta que la Secretaría de Obras Públicas decidió colocar adoquines de granito en la calle central del Paseo. Al objeto de facilitar el tránsito rodado se dispuso, disparatadamente desde luego, suprimir no sólo la taza, sino también los cuatro pedestales que con sus figuras completaban la decoración de esta fuente, dejándola en la forma desairada en que se la ve actualmente. Estas cuatro figuras, que dicho sea de paso, nada tienen de particular, al quitarlas del Paseo se

colocaron en el patio del viejo Convento de Santa Clara, que como sabemos todos ocupa actualmente la Secretaría de Obras Públicas. Allí estuvieron durante algunos años, hasta que se dispuso trasladarlas para el Parque de la Avenida del Puerto, donde justo es decirlo, se les ha colocado en forma acertada para que decoren ese nuevo Paseo.

Fuente de los Aldeanos o de las Frutas.

La tercera rotonda o glorieta de este Paseo estaba en la intersección de esta Calzada con la de Carraguao, llamada después de la *Infanta María Luisa Fernanda*, casi al frente del edificio que ocupa el café Manzanares, donde se ha construído últimamente un cine con el mismo nombre. Allí estaba emplazada la fuente que llamaban de los *Aldeanos o de las Frutas*, construída durante el mando del general Tacón.

Como al aumentar el tránsito rodado por aquel lugar el emplazamiento de esta fuente interrumpía la circulación por ambas calles, se ordenó retirarla de donde se encontraba.

El Dr. Eugenio Sánchez de Fuentes describe esta

fuelle en su magnífico libro "Cuba Monumental, Estatuaria y Epigráfica", diciendo que tenía un pedestal almohadillado y cuadrangular, especie de templo helénico, con columnas adosadas, de cinco varas de elevación, desde el zócalo al extremo superior de la mayor de las cinco jarras de mármol, que aparecían llenas de frutas y que le servían de remate; contaba, además, con cuatro estatuas alegóricas de yeso, sostenidas sobre otros tantos pedestales, situados alrededor del árbol central de la Fuente. Un enverjado circular de madera la rodeaba totalmente.

En las cuatro caras del árbol de la Fuente y en cada una de las pilastras adosadas a la misma, existían unas cabezas de leones por las que salía un chorro de agua que desaguaba en la taza, que era de forma elíptica, rodeada por una bonita reja.

En el pedestal del centro, y hacia el oriente, rompiendo su almohadillado, destacábase un escudo con las armas del Gobernador de la Colonia que llevó a cabo esta obra, y en el Occidente, y encerrado también en un medallón de piedra, se podía leer en gruesos caracteres la siguiente inscripción: Año de 1837.



La estatua del Rey Carlos III al comenzar el Paseo de Tacón. Fotografía del año 1900



El Paseo de Carlos III como se ve en la actualidad. Vista tomada de Belascoáin a Infanta

Como dejamos dicho, esta fuente, por las exigencias del tránsito público y el estado de deterioro en que se encontraba, fué retirada de su lugar al efectuar la Secretaría de Obras Públicas la pavimentación de la Avenida.

El nombre de *los Aldeanos*, con el que también se le conocía, se debió a las cuatro figuras que la adornaban. En el año 1829 las cuatro esculturas de yeso que formaban parte de la fuente sufrieron graves deterioros, por lo que se dispuso fueran sustituidas por otras de mármol, bastante pobres por cierto, que representaban la Fuerza, la Hermosura, la Poesía y el Amor.

La veta irónica y humorística del Dr. José A. González Lanuza se hizo más caudalosa y rica al referirse a estas estatuas y fuentes, en un magnífico trabajo intitulado "Las Estatuas de la Habana", en la revista "El Fígaro", dirigida por el Dr. Ramón A. Catalá.

Ante la persistencia del palo de copas de las del

Paseo de Carlos III, decía Lanuza, llevado allí por algún aficionado a la baraja, otro as de copas preside una de las fuentes; un poco más hacia el Castillo del Príncipe, otra fuente ostenta sobre un pilón nada menos que un cinco de copas auténtico y legítimo, amén de unas figuras variadas de asunto mitológico de la más lamentable ejecución.

Fuente de los sátiros o de las flores.

En el centro de la cuarta glorieta o rotonda del Paseo, fué colocada una fuente de escaso valor artístico, que se le conocía con el nombre de la "Fuente de los Sátiros o de las Flores".

Esta fuente, según Sánchez de Fuentes, tenía unas cinco varas de elevación y simulaba, como su hermana la de los Aldeanos, un templo griego, sin almohadillado, y rodeado de columnas cuadrangulares y relieves equidistantes entre sí, rematando la del centro, que tenía un doble capitel, en una copa mármorea de tamaño heroico.



Las cuatro figuras que adornaban la Fuente de la Ceres colocadas en el patio del antiguo convento de Santa Clara

Sobre cada una de dichas columnas se veían unos faunos o sátiros de mármol, también hábilmente cinceladas. Unos leones durmientes, al Norte y Sur, prestábanle cierta elegancia.

Se le conocía con el nombre de "Los Sátiros" por las figuras de estos personajes mitológicos a que hemos hecho referencia, y también por el de "Las Flores", porque su gran taza circular con ocho caños que vertían su agua cristalina, hallábase ornamentado de cuatro vasos etruscos, sostenidos en igual número de pedestales aislados, rebosantes de las más bellas y fragantes flores que se dan en nuestro privilegiado suelo. La circulaba una verja de madera, y en su exterior, varios pilares y cadenas impedían acercarse.

Nunca tuvo esta fuente inscripción alguna.

Años después de inaugurada se sustituyó la urna central de mármol por una estatua, también del mismo material, que simboliza a la diosa Pomona,

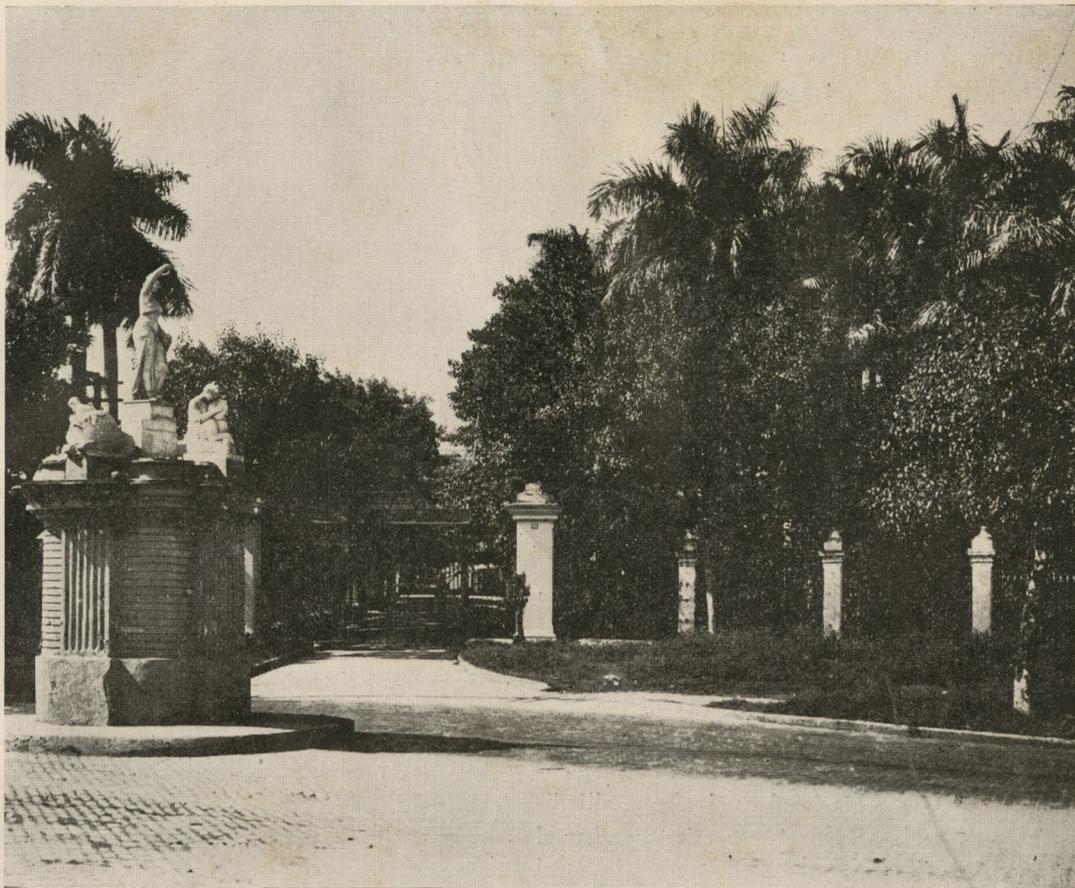
armada de su legendaria cornucopia, de la que asoman frutas y flores en abundancia.

Fuente de Esculapio.

Al final del Paseo de Tacón, es decir, en las faldas del Castillo del Príncipe, se colocó una estatua que representaba la barbuda figura de Esculapio, dios de la Medicina.

Era una estatua de mármol bastante mal esculpida que aparecía colocada sobre un pedestal cuadrangular, teniendo aproximadamente metro y medio de altura. La rodeaba una taza octogonal guarnecida de una verja de madera, en la que cuatro surtidores, colocados en cada una de sus cuatro caras, vertían sus aguas. Esta fuente carecía de pocetas para el consumo público, al punto de que exteriormente se le habían colocado unas cadenas sostenidas por pequeños pilares de hierro para impedir el acceso a la misma.

La taza primitiva de esta Fuente tenía forma oc-



Arbol de la antigua Fuente de los Sátiros o de las Flores, que estuvo situada frente a la entrada principal de la Quinta de los Molinos

togonal, pero más tarde fué sustituida por otra de forma circular, que resultaba de tan mal gusto como la anterior.

Nadie se explicaba por qué motivo se colocó en un camino militar esta estatua. El propio Mariscal de Campo D. Mariano Carrillo de Albornoz, al encomendársele por el Gobierno que informara sobre las condiciones de esta estatua, después de afirmar que era muy mala, agregó que no se justificaba en modo alguno la presencia allí de esta mitológica figura, agregando en el informe, al referirse a las restantes fuentes del Paseo, que era realmente de mal gusto tantas verjas encarcelando entre ellas a las diosas y las ninfas que aparecían en las citadas fuentes.

El gran ironista Dr. José Antonio González Lanuza en el magnífico trabajo de crítica de que hago anterior mención y que publicó en el semanario "El Fígaro", con aquel fino humorismo que tanto admi-

ramos los que le conocíamos, dijo al referirse a esta estatua lo siguiente:

"Hay una figura que no querría que desapareciera, no porque artísticamente valga nada, sino porque ella envuelve, producto de la casualidad y de una serie de cosas traídas por ésta, una curiosísima y adorable ironía. Me explicaré. A la falda del Castillo, al final del Paseo, más allá de la Calzada de la Infanta, hay una fuente, la última, que se levanta a la entrada misma del camino del Cementerio y que está adornada en su remate por una estatua en mármol muy mala, como obra artística; pequeña de cuerpo, cargada de espaldas, barbuda, envuelta a medias en un manto cuyos rígidos pliegues, como las duras líneas de su pecho, recuerdan el estilo griego arcaico, el del *Apolo de Tena* o la *funeraria de Orcomene*, cuando más se le quiera conceder de respetable y de rudimentariamente artística. Pero, en cambio, ¡es una estatua de Esculapio! Y ese em-

blema del semidiós de la Medicina en la puerta misma de la triste ruta que lleva directamente a la casa del descanso eterno, me parece por lo casual, por lo intencionado, por lo graciosamente inconsciente, la más espiritual de las bromas, macabra y festiva a un mismo tiempo, filosófica y burlona, demostrativa de lo poco que vale el esfuerzo humano, de la inanidad de nuestra ciencia, y de que no hay nada más irónico que el azar, ese tremendo e inaguantable bromista.

Que la dejen ahí, pues, porque tiene un valor ideológico en el sitio en que está, porque encierra toda una serie de ideas, porque resulta supremamente alegórica, cumpliendo así con lo que es (a mi entender) la más alta finalidad de la escultura.

Y que me perdone esta opinión y este deseo la respetable Facultad de Medicina.”

Esta arbitraria y estafalaria figura se retiró del lugar donde se encontraba, sin que me haya sido posible conocer la fecha ni quién ordenó quitarla de allí.

En mis investigaciones para dar con esta fuente, tuve la suerte de ocurrírseme que acaso pudiera encontrarla en el Museo Nacional, y al efecto, allí dirigí mis pasos, pudiendo confirmar mis sospechas al conversar sobre el asunto con el Director de aquel establecimiento mi querido amigo el Sr. Antonio Rodríguez Morey, positivamente uno de los más grandes paisajistas de la época.

La cabeza con una pequeña parte del cuello fué lo único que Rodríguez Morey encontró, casualmente por cierto, entre escombros y basuras en uno de los patios de la Secretaría de Obras Públicas. Para salvarla de nuevos ultrajes, la hizo trasladar al Museo y se propone construirle un pequeño soporte de madera para exhibirla, pero la consignación que tiene

para estas cosas es tan reducida que no le ha sido aun posible llevar a cabo su deseo.

Algunas sugerencias.

Se me ocurre a mí para embellecer aún más este Paseo, que sería conveniente colocar a la entrada de la Calzada de la Reina un gran Arco de Triunfo que conmemore las gloriosas hazañas de nuestra guerra de Independencia. Esto sería para los cubanos, sin referirnos aquí al abolengo histórico y clásico de estos arcos y monumentos, lo que es el de L'Etoile para los franceses, el Obelisco de Washington para los norteamericanos, etc., etc.

En cuanto al Paseo propiamente dicho, restauraría la estatua de Carlos III, restituyéndole los elementos que primitivamente constituyeron su conjunto.

Dotaría después a este Paseo de arbolado apropiado y de estatuas pequeñas con sus correspondientes pedestales, que pudieran labrar los alumnos de talla directa de la Escuela de San Alejandro, los estudiantes de Arquitectura de nuestra Universidad y los pensionados en el extranjero, mas cuidando de no caer en esa modalidad simplista con que suelen encubrir su mal gusto muchos epígonos sin talento de los últimos “ismos” plásticos, más europeos que americanos.

Se pudiera también, y esto nos parece muy acertado, encomendar a los pensionados extranjeros copias de estatuas de los distintos museos.

Con estos elementos decorativos, y mejorando el arbolado, podrían propios y extraños recorrer gratamente impresionados todo el Paseo, encontrando al final el grandioso Monumento que se proyecta levantar en las cercanías de la loma del Príncipe al Apóstol de nuestra nacionalidad, honrando de este modo la memoria de José Martí.

LUIS BAY SEVILLA